

La huella afri en Cuba

Dr. Juan Antonio Alvarado Ramos
Antropólogo



cana



Vega tabacalera

La trata esclavista trasatlántica y la esclavitud africana en América no sólo constituyeron tragedias universales que involucraron a tres continentes, sino que resultaron decisivas para la formación de las sociedades americanas contemporáneas, escenarios de un intenso proceso de interacciones biológicas y culturales en el que intervinieron los más diversos conglomerados étnicos y raciales. Las culturas americanas tienen el sello visible del encuentro forzado entre aborígenes americanos, colonizadores europeos y esclavos africanos, a los que en el transcurso de varios siglos se sumarían oleadas migratorias procedentes de otras regiones del mundo. Sin embargo, la participación de los africanos en ese proceso y la intensidad con que puede observarse su huella no ha sido igual en todas las áreas. Ello ha dependido de muy diversos factores históricos, económicos, sociales y demográficos que exigen un estudio específico para cada región o país.

Cuatro siglos de trata esclavista

La introducción de africanos en Cuba, iniciada en los primeros años de la conquista y colonización de la Isla, se mantuvo durante casi cuatro siglos de trata esclavista, a través de la cual se desangraba al continente africano y se incorporaba violentamente a estos hombres en condición de esclavos a las nuevas sociedades que se gestaban en América.

Se trajeron esclavos de prácticamente toda el África subsahariana, lo que explica la gran variedad de grupos étnicos que participaron en el proceso de transculturación que dio como resultado la formación del pueblo cubano y de su cultura. Entre esos grupos cabe destacar a los procedentes de los territorios que se extienden entre la parte norte del río Congo y el sur de Angola, pertenecientes al área etnolingüística Bantú y que fueron conocidos en Cuba como congos; los yoruba, de la región sudeste de la actual República de Nigeria y con enclaves

demográficos en Benin y Togo, denominados lucumí; los ibo, ibibio y ekoí de la región sudoriental de Nigeria, identificados como carabalí y los ewe-fon procedentes del antiguo Dahomey, hoy República de Benin, llamados arará.

En los primeros tiempos, el arribo de africanos se produjo en pequeñas cantidades, como correspondía a las escasas necesidades de la economía insular. La función de Cuba, y especialmente de La Habana, quedó reducida por varios años a ser punto de tránsito de las naves españolas en sus viajes intercontinentales, además del lugar que se le reservaba en el sistema de defensa del resto del imperio colonial. La escasa población residente no tuvo otra alternativa que la práctica de una ganadería extensiva, en la que se requería muy poca fuerza de trabajo. Durante todo ese tiempo la introducción de esclavos se haría en cifras relativamente reducidas.

El aporte económico: azúcar y café

El aumento de las importaciones humanas dependería entonces de los cambios económicos que paulatinamente se iban produciendo. Pero su inusitado incremento tuvo lugar en el período de florecimiento de la economía azucarera de plantaciones, iniciado a finales del siglo XVIII y que alcanzó su clímax en el XIX.

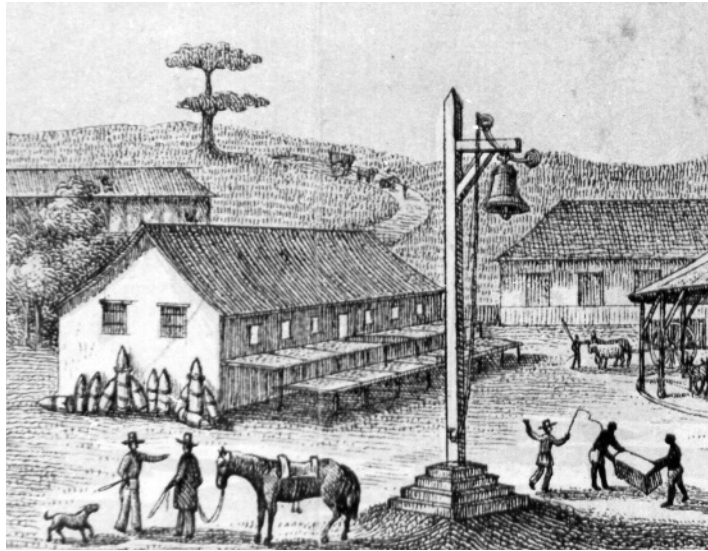
En 1820, cuando se puso en práctica el tratado de abolición de la trata esclavista firmado entre España e Inglaterra, el comercio de esclavos se hizo ilegal. Sin embargo, esta disposición tenía lugar en pleno período de esplendor de la economía esclavista de plantaciones en Cuba, con la consiguiente demanda progresiva de fuerza de trabajo. Por lo tanto, la entrada de esclavos continuó, pero ya como parte de un lucrativo comercio de contrabando, para cuyo desembarco se utilizaron zonas costeras apartadas de los centros urbanos que permitían encubrir esas prácticas.

Todavía en nuestros días pueden verse evidencias de la magnitud que alcanzaron los ingenios azucareros y los cafetales, principales receptores de esclavos africanos y escenarios del más potente apor-

te de Africa al desarrollo económico de la Isla y de hecho a la producción y el comercio mundial. Pero el aporte africano no se limitó a esas actividades económicas, sino que alcanzó también la producción tabacalera⁽¹⁾, la minería y la construcción de vías de comunicación, fortificaciones y grandes mansiones en las ciudades, exponentes que han resistido el paso del tiempo.

¿Cuántos esclavos?

Es difícil calcular el monto demográfico exacto de africanos introducidos en Cuba hasta 1873, cuan-



Ingenio azucarero tradicional



*Ruinas de casa de vivienda.
Cafetal "Angerona". La Habana.*

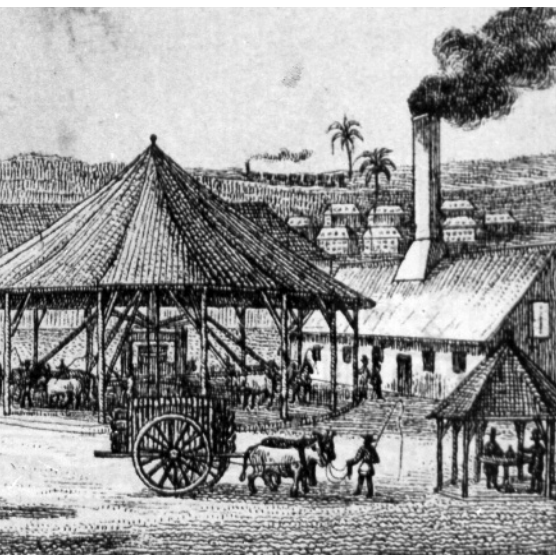
do fue descubierta la última entrada ilegal de la que se tiene conocimiento. El más aceptado hasta el momento es de 1 300 000 esclavos. Esta cifra habla por sí sola del impacto económico, social, biológico y cultural que se derivó de esos hechos.

En el período que media entre los censos elaborados de 1774-1775 y 1862 se produjo un aumento mayor al millón de habitantes de la Isla. Una de las razones principales de este vertiginoso incremento fue la introducción masiva de africanos. De acuerdo con el censo de 1792, recién iniciado el período azucarero de la historia de Cuba, los esclavos constituí-

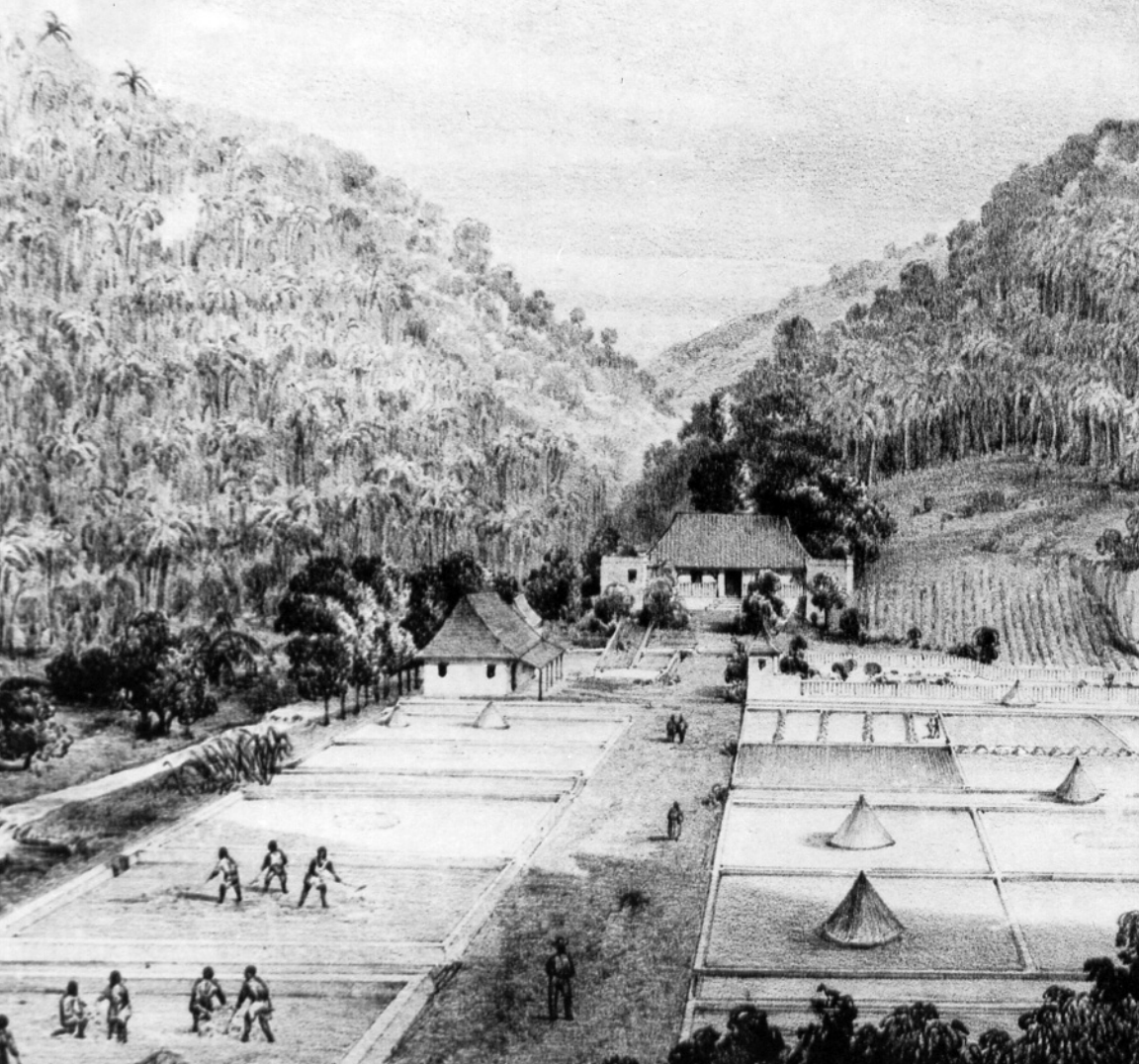
an ya el 31,06 por ciento del total de los habitantes de la Isla, siendo mucho más elevada su proporción en las principales jurisdicciones azucareras de la zona occidental. Su aumento continuaría, con las variaciones propias de cada etapa, hasta mediados del siglo XIX, cuando los esclavos llegaron a representar el 40,73 por ciento y los libres de “color” (negros y mestizos) el 15,1 por ciento. Esta fue la época de los grandes ingenios azucareros con varios centenares de esclavos y de los barracones donde se les mantenía confinados en los breves períodos de descanso.

La vida del esclavo: castigos y torturas

La sed insaciable de riquezas, para cuya satisfacción se introdujeron los grandes contingentes de africanos, configuró la forma de vida a que fue sometido el esclavo. Al trabajo abrumador durante largas jornadas de trabajo⁽²⁾ y el hacinamiento en los barracones, habría que sumarle los castigos que se les infringían ante cualquier infracción de su drástico régimen de servidumbre. El castigo más común era el



Torre del ingenio “Taoro”. La Habana

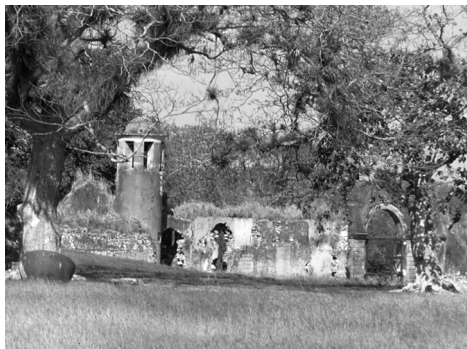


Cafetal "La Ermita" Pinar del Rio

de los azotes, también conocido como bocabajo. "Algunas veces se metía al esclavo en un cepo, otras se le ataba por sus extremidades; pero lo más frecuente era utilizar a dos o más esclavos que sujetaban al reo para someterlo al castigo"⁽³⁾. El régimen represivo incluía también la prisión⁽⁴⁾ en inmundos calabozos; el cepo⁽⁵⁾, verdadero suplicio donde se mantenía al esclavo durante varias jornadas; el grillete⁽⁶⁾ y el collar⁽⁷⁾.

La rebeldía

Las reacciones de los esclavos ante los rigores del trabajo, los severos castigos y al régimen de vida carcelario se produjeron desde los primeros momentos de la introducción de los africanos en la Isla. La rebeldía se expresó de diferentes formas e incluyó desde la resistencia pasiva tendiente a frenar la productividad del trabajo (abandono de las tareas, rotura de instrumentos, etc.), el aborto y el suicidio que no solo lo libraba del peso que la esclavitud hacía



*Ruinas del barracón de esclavos.
Cafetal "Angerona" La Habana.*

recaer sobre él, sino que privaba al dueño de un importante y costoso valor económico, hasta el cimarronaje, el apalencamiento y las sublevaciones.

Cimarrones y apalencados

Mientras los cimarrones eran esclavos prófugos que deambulaban solos o en cuadrillas de un lugar a otro muy cerca de las plantaciones, de las cuales frecuentemente obtenían su sustento diario, el palenque constituyó una forma de asentamiento de relativa estabilidad para los fugitivos. Su ubicación geográ-

fica tenía lugar en zonas intrincadas y de difícil acceso, para evitar las constantes batidas de los rancheadores auxiliados de perros, expresamente entrenados para esos menesteres.

En Cuba suman más de cien los palenques registrados mediante investigaciones documentales, muchos de ellos localizados a través del trabajo de terreno. De igual forma, se cuentan varias decenas de refugios de pequeños grupos de cimarrones que se localizan fundamentalmente en la Sierra de los Órganos, la Sierra del Rosario, en la provincia de Pinar del Río, y en las Alturas de Habana- Matanzas.

Son muchos los relatos obtenidos a través de los diarios de rancheadores que narran la resistencia que ofrecían los apalencados y las represalias que contra ellos se tomaban cuando eran capturados. Tal es el caso del capitán de los reunidos en el palenque "El Tambor", en la actual provincia de La Habana, que se enfrentó ferozmente a los rancheadores para que sus compañeros tuvieran tiempo de dispersarse y sólo fue vencido cuando le cortaron las dos manos a machetazos.

En los palenques se desarrollaba una economía de subsistencia basada en gran medida en la producción de viandas, junto a los ranchos que les servían de albergue y no pocas veces llegaron a desarrollar vínculos comerciales con haciendas cercanas. En 1848, en Las Cuchillas del Toa, en la zona más oriental de Cuba, una partida de rancheadores asaltó y ocupó el palenque "Todos tenemos". Según se registró en la documentación correspondiente, en este palenque había 59 casas y 35 bohíos, estos últimos del tipo vara en tierra, que servían de graneros. Allí se ocuparon 200 sacos de arroz y 25 arrobas de tasa-

jo. Contaba además con siete corrales donde tenían catorce cerdos y una iglesia con un simulacro de altar. Entre las siembras se encontraron plátanos, malanga, boniato, yuca, ñame, caña de azúcar, jengibre, verduras y árboles frutales⁽⁸⁾.

Las sublevaciones

Las sublevaciones de esclavos se produjeron desde fechas tempranas en Cuba y no pocas veces lograron estremecer los cimientos del régimen esclavista. Como consecuencia inmediata del auge que alcanzaron estas sublevaciones en la década de 1840 y el desarrollo de las ideas abolicionistas, en 1844 se produjo la denominada “Conspiración de la escalera” que justificó una cruenta represión en la que perecieron no sólo esclavos, sino también negros y mulatos libres. Incluso algunos blancos con ideas abolicionistas se vieron obligados a emigrar por temor a las represalias. Los esclavos eran atados a una escalera y a fuerza de latigazos les arrancaban las declaraciones. De ahí el nombre de la conspiración. Se calcula que fueron miles los que perecieron a causa de las torturas. De acuerdo con Fernando Ortiz, en la organización y extensión de los preparativos de esta conspiración desempeñaron una función importante los cabildos y los toques de tambor en las plantaciones. El tambor significó un medio de comunicación muy frecuentemente utilizado entre los esclavos.

Las expresiones de rebeldía y lucha por la libertad de la población de origen africano en Cuba alcanzaron una connotación mucho más relevante en

la segunda mitad del siglo XIX, durante las luchas por la independencia del colonialismo español.

El aporte cultural

Durante el largo período esclavista, los africanos no sólo fueron arrancados de su medio natural, económico y sociocultural, sino que al llegar a la Isla eran dispersados mediante la venta entre las diferentes plantaciones y poblaciones. Al estudiar los padrones de la época no es difícil encontrar una muestra del mosaico étnico africano donde la trata encontró sustento. Estos grupos étnicos no sólo hablaban lenguas distintas, sino que también eran portadores de un mundo espiritual a veces grandemente diferenciado. Quizás el elemento más común fue el color de la piel, que llegó a convertirse en un elemento identificador. Tales circunstancias constituían un serio obstáculo para las relaciones interétnicas de los africanos y de estos con los grupos hispánicos

Su propia condición de esclavos, privados de los más elementales derechos, constituía una limitación que pudo haber resultado insalvable. A ello se unía que la política y la práctica de los esclavistas estuvo encaminada a privarlos de todo su patrimonio cultural, imponiéndoles instituciones, costumbres, religión y lengua que nada tenían que ver con su vida pasada. A pesar de eso, no pudieron destruir importantes expresiones de su cultura tradicional, como tampoco lograron impedir que componentes de las culturas africanas subordinadas se transmitieran a la cultura dominante de origen hispánico, se fundieran



Casa de Vivienda restaurada. Cafetal “Buena Vista”. Pinar del Rio.

con ella y, progresivamente, dieran lugar a un fenómeno que más tarde se expresaría en la cubanía.

La interacción afrohispanica tenía lugar en muy diversas facetas. No se limitaba a los reducidos y entrecortados contactos en las plantaciones, donde el elemento que más intervenía era el látigo del mayoral, sino que también abarcaba la servidumbre doméstica, tanto en el campo como en la ciudad, especialmente en esta última, donde las condiciones de vida y trabajo eran menos violentas y el sistema de relaciones y contactos más cercano e intenso.

Cabe destacar también la participación del sector de los negros y mulatos libres que desde los primeros tiempos comenzó a incrementarse lenta, pero continuamente, en virtud de la disposición real que desde 1526 dio a los esclavos el derecho a obtener su libertad, mediante el procedimiento conocido como coartación. Algunos de ellos llegaron a formar parte activa de una pequeña burguesía en formación, hasta que las represalias con motivo de la ya citada “Conspiración de la escalera” les propinó un golpe demoledor.

Madre negra. Crío blanco

Mucho tiene que ver en lo planteado la función desempeñada por la mujer negra. Como esclava doméstica, no sólo se encargaba de realizar las labores cotidianas de la casa del dueño (cocinar, lavar, limpiar, etc.), sino que hasta llegaron a amamantar a los propios hijos de los amos, “Los cargaría, los acunaría, los dormiría, les pondría la comida (que antes había preparado) en la boca, jugaría con ellos, les inquietaría la imaginación con los primeros cuentos...” (9). ¿Cuántas huellas de las culturas ancestrales africanas pasarían a formar parte del nuevo crío como ser social? Simultáneamente tenía lugar la relación de carácter biológico, ostensible desde tiempos muy tempranos y que trajera como resultado el alto grado de mestizaje que muestra hoy el pueblo cubano.

El racismo. Legado funesto

A pesar de lo señalado, el menosprecio hacia todo lo que llevara el sello distintivo africano o evidenciara sus aportes y contribuciones a la nación y la cultura cubanas, al ser evaluado por los códigos de la cultura dominante “blanca”, trascendió el período esclavista y ha llegado hasta nuestros días. Todo ello

como resultado de uno de los más nefastos legados de la esclavitud africana: el racismo. Sus distintas expresiones han continuado reproduciéndose de acuerdo a las condiciones históricas de cada período. La lucha contra el racismo constituye uno de los más importantes retos para la sociedad cubana del siglo XXI.

NOTAS y BIBLIOGRAFIA

1. Marrero, L, **Cuba, economía y sociedad**. Editorial Playor, Madrid, Vol. 11, 1984
 2. Particular crudeza tuvieron las condiciones de trabajo en las plantaciones azucareras, donde las jornadas de trabajo, en períodos de cosecha, podían llegar a las 19 horas. La esclavitud no tuvo fronteras para someter a agotadoras jornadas laborales a niños entre 6 y 12 años, mujeres y a ancianos (Ortiz, 1987:195-198)
 3. Ortiz, F, **Los negros esclavos**, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987
 4. Departamento del barracón preparado con inmundos calabozos. Frecuentemente la prisión se agrava con el cepo.
 5. Consistía en un tablón grande y grueso con agujeros en los que se introducían los pies, las manos o la cabeza del esclavo.
 6. Argolla de hierro que se ponía en el tobillo de los esclavos por medio de remaches, que hacían muy difícil que el propio esclavo se lo quitase. Existía también el grillete doble en el que una gruesa cadena sujetaba los dos grilletes (simples argollas o aros de hierro con barretas ajustadas a la pantorrilla), y el negro para andar debía recogerla, atarla a la cintura o llevarla en la mano izquierda (Ortiz, 1987:236).
 7. Era un instrumento muy denigrante, que consistía en un aro de hierro que se le colocaba en el cuello al penado, cerrándose con llave o remache. De este aro partían dos piezas a modo de cuernos, también de hierro, que sobresalían por los lados de la cabeza y tenían en los extremos superiores una campanilla cada uno (Ortiz, 1987:237).
 8. Estas informaciones fueron suministradas por Gabino la Rosa. Véase además sus libros: **Los cimarrones de Cuba**. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988; **Los Palenques del Oriente de Cuba, Resistencia y acoso**, Editorial Academia, La Habana, 1991.
- Entralgo, E., **La liberación étnica cubana**. Universidad de La Habana, La Habana, 1953